

La Gaceta, 14 de julio de 1996

El reto de la globalización

Por Arturo Ponsati

Hacia el siglo VI a.C., la civilización helénica estaba política y económicamente articulada en un cosmos de estados-ciudades soberanos, implantados en torno del Mar Mediterráneo y el Mar Negro.

Acuciado por la explosión demográfica (producto de la superación del caos anárquico que caracterizó a la barbarie liminar), el mundo helénico reformó velozmente sus bases económicas, cambiando un régimen de múltiples economías autárquicas de subsistencia, por un sistema fundado en la agroindustria para la exportación, que permitió a las ciudades-estado solucionar el problema de la superpoblación, o sea de la escasez. La “nueva economía” arrasó con la autosuficiencia material de las ciudades-estado, creando entre ellas una estrecha y creciente interdependencia económica y una constante interacción política que se proyectaba en la vida cívica interna de las “polis” (habitualmente escindi-

da entre demócratas filoatenienses y oligarcas filoespartanos). A partir de allí, la vida de la Hélade estuvo signada por la infructuosa búsqueda de una estructura política general, capaz de albergar a una sociedad crecientemente globalizada en lo económico y cultural. Tal interdependencia entre estados pretendidamente soberanos (y, por tanto, carentes de pertenencia a una unidad política supraestatal), provocaba constantes y cada vez más intensos conflictos bélicos interestatales, combinados con contiendas sociales a lo interno de los mismos estados. Por otro lado, la economía, así globalizada, padecía la inseguridad determinada por los guerras y soportaba las prácticas depredatorias de los gobiernos y de los “empresarios” de los estados dominantes sobre la población y los gobiernos de los estados más débiles; asimismo la expansión de la esclavitud (utilizada para emprendimientos económicos de gran escala) y la consiguiente desocupación, proletarización y urbanización del campesinado, como efecto del desplazamiento de la mano de obra libre por la esclava tuvo efectos sociales deletéreos. El mundo helénico acudió sin éxito al método diplomático (tratados internacionales) y a la integración de unidades políticas de mayor escala que la ciudad-estado (ligas, federaciones, reinos e imperios múltiples), con el fin de encontrar un marco político-jurídico suficiente para encuadrar a un “mundo” preconstituido como un campo unificado en lo económico y en lo cultural.

La interdependencia resultaba ser factor de exasperación de los conflictos y de intensificación de prácticas socioeconómicas y políticas perversas, mediante las cuales los intereses públicos y privados articulados a escala “transnacional” llegaban a imponerse sobre los estados, en especial sobre los más débiles desde el punto de vista económico o militar.

Así ocurrió hasta que, tardíamente, la república romana (que había dejado, por métodos bélicos, fuera de combate a todos sus rivales) instauró un “estado universal”, cuya función primordial fue proporcionar un régimen político, implantar un sistema jurídico y asegurar la vigencia de la paz en la misma escala en que venían desarrollándose, desde hacía más de cuatro siglos, los fenómenos de globalización económica y cultural. El retardo en el advenimiento de la unidad política y el carácter compulsivo del método a través del cual ésta se forjó, determinaron que la “solución” encontrada, lo fuera sólo parcial y provisoriamente pues la sociedad helénica se había infligido en las cuatro centurias precedentes, heridas materiales y espirituales de tal magnitud, como para sellar un destino frente a cuyo carácter ineluctable, los esfuerzos imperiales sólo bastaron para retardar el desenlace.

La analogía del referido proceso histórico con la situación actual de la sociedad planetaria, articulada por las redes económicas y comunicacionales de matriz occidental, es evidente. Por eso no deja de ser sorprendente la tendencia, hoy en boga (especialmente entre los intelectuales y en ciertas franjas del pensamiento político), a predicar contra la “globalización” económica y cultural dando muchas veces a entender que la misma es

producto de la voluntad deliberada de los centros de poder mundial, cuya concertación y voluntad torva se descuentan. Con lo cual se erige, otra vez el fantasma de la “sinarquia”, que otrora sirvió para interpretar la trama de la vida política, económica y cultural del mundo contemporáneo, según una versión “metafísico-policial” de la historia.

Lo cierto es que la globalización económica se encuentra inscrita en la naturaleza misma del industrialismo y del postindustrialismo, caracterizados por el uso masivo y cada vez más acelerado del conocimiento científico-tecnológico en los procesos de financiamiento, producción y distribución de bienes y servicios, cuya constante expansión requiere áreas económicas integradas cada vez mayores, en la perspectiva de lograr que el planeta íntegro constituya un campo económica y financieramente unificado.

La revolución que la tecnología contemporánea opera en los medios de comunicación no sólo influye en el ámbito de la economía, si no, además, en el de los estilos de vida, de sociabilidad y de expresión cultural. Ello, con el efecto de intensificar, hasta el vértigo, síntomas de desintegración social que también tuvieron lugar en la decadencia del mundo heleno-romano. Entre los más notables de ellos se cuentan el relativismo moral, la pérdida del estilo de vida propio, la panmixia cultural en clave de superficialidad, la vulgarización y barbarización de las costumbres, el sentimiento colectivo de estar a la deriva y su contrario, el de hallarse sometido a una férrea necesidad.

Consecuencia de la globalización es la cada vez más perceptible impotencia de los estados nacionales pretendidamente soberanos para encauzar, contener y racionalizar los efectos de la mundialización económica y cultural, que suma a los protagonistas tradicionales de la política internacional, nuevos sujetos colectivos, las más de las veces de naturaleza económica, cuya acción reviste, en muchos casos, más relevancia que la emergente de los propios estados.

Así, las secuelas no queridas de la globalización económica y de su motor, la innovación tecnológica (tales, la desocupación, la “nueva pobreza”, la destrucción del medio natural, la exclusión socioeconómica y cultural a lo interno de los países y también a escala internacional, la prevalencia de la “economía virtual” del sistema financiero sobre la “economía real” del sistema productivo, etc.), carecen de correctivos y de compensaciones eficaces, los cuales sólo resultan pensables en el marco de una organización política a escala mundial, dotada de órganos autoritativos enderezados al logro de un bien común de alcance planetario.

Sin embargo, nuestra edad parece estar repitiendo el error-pecado que impidió a la civilización helénica lograr, en tiempo propio y por medios relativamente poco cruentos, la unidad política, hoy necesaria para asegurar la paz, garantizar un mínimo de justicia social internacional, orientar los procesos económicos y establecer cauces ético-jurídicos para los aspectos más inquietantes de los avances científico-tecnológicos.

La causa de esta impotencia para superar, en la medida y con la velocidad indispensable, la compartimentación del mundo en “estados parroquiales”, no puede, ni debe ser ocultado. De la misma manera en que la idolización del poder colectivo del hombre, encarnado en los estado-ciudades helenos, impidió articular oportunamente una estructura política supraestatal, en el mundo actual, la idolización del poder humano colectivo, encarnado en el estado-nación, se alza como obstáculo dirimente para la construcción de un edificio político supranacional de magnitud planetaria.

Tanta es la fuerza inhibitoria de la pseudo-religión idolátrica centrada en el estado nacional, que la contestación y el rechazo de los efectos indeseados de la globalización desembocan, casi unánimemente, es la propuesta de un retorno a la autosuficiencia del estado-nación. Es decir, se levanta nuevamente la bandera de la autarquía económica y cultural y de la soberanía absoluta en la cual se plasmó el nacionalismo político y económico que condujo, en este siglo, a las dos guerras mundiales. Es curioso que desde Pat Buchanan en U.S.A. hasta el subcomandante Marcos, en México; desde Le Pen hasta Chevenement, en Francia; desde el fundamentalismo islámico hasta los ecologistas alemanes, la impugnación vaya dirigida contra la globalización misma y la propuesta sea, invariablemente, la restauración de la autarquía económica, el “zelotismo” cultural y la irrestricta soberanía política del estado-nación. La factibilidad y los costos de tal proyecto nunca son racionalmente examinados. Trátase, pues, de una respuesta fideísta, cuyo centro significativo sólo se hace comprensible a través de la categoría religiosa que el estado-nación asumió en el mundo contemporáneo, hasta el punto de ser la única versión colectivista, hasta hoy subsistente, del culto del hombre que, en distintas formulaciones, marca las creencias y valores propios del mundo moderno.

La respuesta arcaizante al desafío de la globalización económica y cultural oscurece el meollo y la ineludible tarea que toca a los hombres de hoy: la creación de un orden político mundial, dotado de un sistema jurídico, de un poder capaz de hacerlo efectivo y de la concepción operante de un bien común abarcativo de todo el género humano. Lo cual no significa el eclipse de las nacionalidades, sino su reintegro al ámbito de las realidades humanas, entre las cuales representan un valor primordial, que no obstaculiza, sino al contrario, el despliegue de una arquitectura político-institucional de alcance general.

La escuela de Manchester creyó, ingenuamente, que las energías ciegas del mercado bastaban para tejer la trama de un orden económico y político de alcance mundial. La irrupción de los nacionalismos económicos y políticos y el crescendo bélico registrado en la era contemporánea refutaron brutalmente aquella ilusión. La empresa de articular un orden político mundial, apto para encuadrar y orientar la globalización económica y cultural, requiere de un eje de creencias, valores e ideas que la sustenten. En suma, un nuevo y auténtico humanismo, que en vez de proponerse la deificación del hombre individual o

colectivo, lo arraigue en la Trascendencia, lo engrandezca en la comunión con sus semejantes y lo reconcilie con la naturaleza.